

provocador que la verdad, cuando no se enmascara con la «buena educación». El gran escándalo se produce cuando un gran hombre se muestra a entraña descubierta como la persona que es. «Epater» al burgués, al hombre vulgar, se llamó a una conducta donde ética y estética coincidían en el hombre que representaba la tragicomedia de su vida, desde Wilde a Valle-Inclán, de Verlaine a Unamuno. La personalidad no choca con la sociedad, cuando la máscara desdibuja e iguala las diferencias individuales. Pero ¿qué ocurre cuando la máscara muestra la «rareza» interior, la diferencia? Que tal personalidad es atacada, por considerarla una agresión «moral» contra las buenas costumbres establecidas. En tal caso la personalidad «problemática», que no se la deja ser, segrega su propia escritura, como defensa de la interioridad o ataque contra la sociedad enemiga.

La personalidad «única», o el genio, es como una supuración del hombre interior herido en su amor propio, que se empeña en ser una persona distinta, en representar y ser al fin el que quiere ser. La personalidad sería entonces una voluntad de artificio, una metáfora de los deseos ocultos. La personalidad es una hipertrofia de la persona, una hipóbole del hombre reducido. El precio del éxito se consigue con el triunfo de la personalidad a costa del hombre. El triunfo sobre los demás (también sobre uno mismo) consiste en no tener conciencia. No ser hombre sino máscara de hierro, máquina del poder, vacía y desprovista de vísceras dolorosas. La personalidad no necesita pensar, y menos sentir. Usa de la repetición, el pensamiento alienante que le es administrado para triunfar. Pero el hombre, ni siquiera el más desalmado, no es una máquina perfecta. En algún punto se resiente la difícil juntura, soldada, entre hombría y personalidad. La conciencia duele hasta en la misma noche enajenada. Sobre este punto hace una meditación que es un diagnóstico Erich Fromm. «La pérdida del yo y su sustitución por un seudoyó arroja al individuo a un intenso estado de inseguridad. Se siente obsesionado por las dudas, puesto que, siendo esencialmente un reflejo de lo que los otros esperan de él, ha perdido en cierta medida, su identidad. Para superar el terror resultante de esa pérdida se ve obligado a la conformidad más estricta, a buscar su identidad en el reconocimiento y la incesante aprobación por parte de los demás.»²⁷ Es un yo falso, un actor que quisiera ser un super-yo (tarea del héroe), que tan sólo es un seudoyó. Así el aparente éxito, tan atrayente como vacío, una vez conseguido, por los medios que sean, constituye un desengaño. (¿Qué diagnóstico daríamos a una sociedad que somete a todos los individuos al aro del éxito, como objeto final y como dios? Un éxito casi nunca necesario, la mayoría de las veces absurdo. No vivir; triunfar para nada. Este es su lema.)

Privar de contenido a la persona, «personalizar» la nadeidad interior, he ahí el objetivo de la mayor alienación. Enseñar no la con-cordia con uno mismo y los demás, sino la disputa, el enfrentamiento, la victoria-derrota de lo uno contra lo otro. El héroe o el super-hombre (en realidad homúnculo) lo es a costa de los demás y también de sí mismo. Todo éxito (la mayoría de las veces fraudulento porque los contendientes no parten de la igualdad) es un robo. El que triunfa no está satisfecho, con lo que es, quiere ser otro, aparentar, representar la emoción de su éxito. Una sociedad basada en la

²⁷ Erich Fromm, *El miedo a la libertad, versión castellana de Gino Germani, Editorial Paidós, Barcelona, 1980; p. 230.*

fuerza del éxito, minoritaria (moral de campeones) sobre la inmensa mayoría desprovista de lo necesario, no sólo es injusta, sino que cava su propia destrucción.

La auténtica transformación será (o no será) crear una sociedad de hombres libres en plenitud de personas, no el alumbramiento de personalidades que medran a costa de la inmensa mayoría. El caudillaje, la genialidad, la extravagancia, la diferencia, son hipertrofias de la personalidad que se pagan caras. ¿Estamos contra el éxito o la genialidad? No, estamos contra el éxito como medida de la condición humana, como usurpación de la vida, como alienación. También el hombre se engrandece en el fracaso. No es posible mantener, indefinidamente una moral de victoria, si no es a costa de la derrota de los demás. El éxito para que no produjese mala conciencia no debería buscarse, si no se quiere caer en una dependencia. El que se somete a él ya es un esclavo y vivirá en constante inquietud por miedo de perderlo.

¿Cómo ser hombre auténtico y persona de verdad? ¿El yo tiende al super-yo de manera ineludible? Escribe Fromm: «El carácter único del yo no contradice de ningún modo el principio de igualdad. La tesis de que todos los hombres nacen iguales implica que todos ellos participan de las mismas cualidades humanas fundamentales, que comparten el destino esencial de todos los seres humanos, que poseen por igual al mismo inalienable derecho a la felicidad, y a la libertad. Significa, además, que sus relaciones recíprocas son de solidaridad y no de dominación o sumisión».²⁸ Está claro que una gran personalidad no puede elevarse a costa de los demás mortales. Si a la historia la despojásemos de innecesarios panegirismos veríamos cuántas grandes personalidades fueron en el fondo pequeños hombres.

La vida es una tarea diaria, una posible armonía en la dialéctica entre la soledad (a veces necesaria) a que tiende el hombre interior y la representación social de la persona. Difícil equilibrio. Vivir y desvivirse. Sufrir. Esperar. Representación de la tragicomedia, con la pasión de autores/actores que saben que en ello les va la vida y la muerte. Cada cual es el protagonista de su propia existencia. Ser uno mismo, plenamente, eso es vivir, siendo hombre y persona al mismo tiempo.

Amancio Sabugo Abril

²⁸ *Erich Fromm*. op. cit., p. 290.

